

les especialmente contruidos para ellos. Él supone que, dada la similitud de características entre el público al que se dirige y él, la empresa que se propone no tendría un sólo obstáculo: llevar de la mano con oídos atentos a los niños por la historia. Eso supuso y, sin embargo, algo no resultó: para sorpresa suya se encontró él solo como único auditorio de sus historias.

Esta es la historia que a *Historia en cuentos* le ocurre una vez sale a hablarle al público. El personaje de diez o doce años que Eduardo Caballero crea, quizá con la intención de que sea él el puente que una a los niños y la historia, va perdiendo lectores a medida que la lectura avanza. De nada le sirvió haber sido el hijo de Colón ni haber obtenido el título de almirante del mar océano y virrey de las islas y costas de la Tierra Firme, como tampoco el haber presenciado el histórico día del altercado por el florero de Llorente, ni haber sido el dueño del caballo en el que Bolívar realizara parte de su campaña libertadora. Quizá la distancia que la existencia de este personaje pretendía anular entre el niño y el libro no logra hacerse real, al existir una voz que cobija sus actos, que los describe y contiene, una voz que narra desde lejos las aventuras en las que supuestamente este personaje participa. Esto, la presencia de un narrador en tercera persona, significa tal vez el primer problema; por otro lado, el lenguaje que el narrador utiliza acentúa aún más la distancia, sobre todo si se piensa en el vocabulario. Pero lo más grave es que los relatos de Eduardo Caballero Calderón están lejos de cumplir con una de las características fundamentales del cuento: la concreción, la síntesis y contención. *Historia en cuentos* le da demasiada importancia a las descripciones y, por lo tanto, el objeto de la narración, que en este caso es un episodio concreto de la historia, se pierde y las referencias históricas aparecen tan sólo de un modo marginal; los personajes, además, no son suficientemente configurados y la tensión narrativa es prácticamente nula.

La historia que a *Historia en cuentos* le espera es abrir sus páginas para verlas cerrarse casi que simultáneamente.

CLAUDIA CADENA SILVA



Anécdota, elemento fundamental

País de cuentos

Varios autores

Tres Culturas Editores, Bogotá, 1989, 75 págs.

La selección de literatura infantil colombiana *País de cuentos*, realizada por la editorial Tres Culturas, nos ofrece doce relatos de autores del presente siglo, quienes se han preocupado más o menos expresamente por producir literatura para el público infantil y juvenil de Colombia. La antología muestra una gama amplia de temas y maneras narrativas que permite al lector intuir un universo literario prolijo y vital. Muchas generaciones han crecido con el sentimiento íntimo de incongruencia al constatar la irrealdad de paisajes, personajes y aconteceres en su propio espacio de posibilidad. En efecto, los molinos de viento, los castillos y lacayos no se pueden experimentar de manera alguna, y la sensación resultante es otra razón más que elabora un perfil de incertidumbre y vacilación propio del hombre de nuestra cultura. Los autores seleccionados por Tres Culturas, desde Santiago Pérez Triana y Porfirio Barba, los dos únicos fallecidos, muestran un fuerte aliento de juventud y frescura que permite el indispensable

estado de identificación, requisito de este género literario. No obstante, la inexistencia de una auténtica tradición que se ocupe de la niñez en nuestro medio pesa ciertamente en la factura de anécdotas no siempre transparentes y contagiosas, degustables con mayor deleite por un estudioso de la literatura, o por un aficionado con criterios estéticos, que por la inmediata avidez de un espíritu infantil.

El elemento fundamental que distingue y califica a la literatura infantil es el asunto, la anécdota. Esta característica supone, por tanto, una manera específica de expresión que sostenga y permita el florecimiento de la acción y se convierta así en su instrumento. Se precisa un lenguaje llano y directo y una conducción narrativa altamente controlada. El relato oral de los abuelos se convierte así en un prototipo al cual acudir indefectiblemente. Esta limpieza adorna relatos como *Cuando las letras a nos invitaron a jugar* de Miguel Ángel Pérez Ordóñez, en el cual el asunto, simple e ingenioso, consigue estimular la imaginación y provocar una reflexión tanto más eficaz cuanto es presentada con la mayor sutileza. La narración *El testamento de Fo-Yao* de Porfirio Barba Jacob cuenta con todos los atributos propios de un precioso orfebre del lenguaje como el poeta de *Canción de la vida profunda*, pero su capacidad de situarse al nivel perceptivo de un niño que juzga severísimamente todo lo que lo rodea mediante unos cánones precisos e inflexibles, no corresponde a la depuración de su lenguaje. Un implacable juez de ocho años podría fallar en su contra sin terminar de leerla. Las cortas narraciones de Jairo Aníbal Niño permiten el lujo simbólico de la parábola y echan mano de la cotidianidad, recurso de alto riesgo, pero que en este caso es manejado con seguridad por el autor. Celso Román nos cuenta una historia ejemplarizante que transcurre al ritmo de una lógica fantástica muy precisa. Su propósito pedagógico se empaña, quizá por la insistencia con que es abocado. La antología cuenta además con los trabajos de Juan Manuel Roca, Leopoldo Berdella, Luis Darío

Bernal, Alfonso Lobo Amaya y Álvaro Morales Aguilar, y remata con una hermosa narración de Alberto López de Mesa, altamente dramática, que contagia las peripecias y contradicciones de los perros protagonistas y su *Perro amor*. Más cercana al ámbito de preferencias del público púber y adolescente, esta historia concisa e intensa consigue conmover y sorprende con su desenlace realista y cruel del que se eximen todas las anteriores historias, que quieren mantener aún el dulce manto que separa la infancia de la severidad del mundo real.

Tres Culturas presenta con éste el segundo de una serie de trabajos destinados a la niñez y a la temprana juventud. Mediante una magnífica cubierta y una cuidadosa diagramación e ilustración interna, trabajo de la artista Cristina Salazar con la colaboración de Alekos, los editores nos entregan un trabajo esmerado. La necesidad de inflamar las infatigables mentes infantiles colombianas con narraciones que se refieran a su propio mundo real y afectivo, ha sido sentida y asumida por un amplio grupo de artistas y escritores, de los cuales la presente selección es representativa. La tarea, recién comenzada, merece y exige depuración y maduración.

RAFAEL MAURICIO MÉNDEZ BERNAL

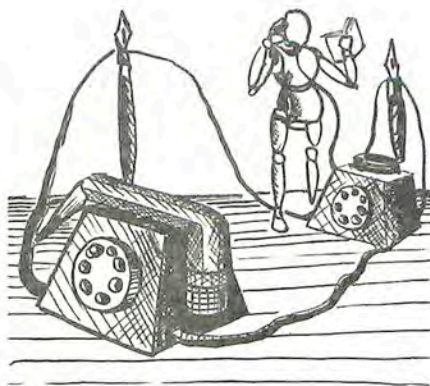
Pequeña Luz

La lagartija y el sol

Triunfo Arciniegas

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1989,
78 págs.

En un principio unas zapatillas de oro falso, luego un anillo también de oro falso y finalmente una corbata son las divisas que permiten conocer a la lagartija. Se supone que las lagartijas se deben vestir de blanco, ir a las parrandas periódicamente, ponerse



adornos convencionales, como pañuelos, buscar marido entre los lagartijos jóvenes y casarse para tener bastantes hijos. Como una buena lagartija, no debía ufanarse de las zapatillas ni del anillo, ni mucho menos de la corbata, ya que es prenda exclusiva del rey. Tampoco conviene estar pensando que el sol envidia su belleza y que le hablará (aunque de eso sólo se ocupan los sacerdotes) y la hará reina. Pero la lagartija, Pequeña Luz, de Triunfo Arciniegas es rebelde y hace todo lo que no debiera.

Efectuando la transposición alegórica, Pequeña Luz encarna la rebeldía adolescente. Fácilmente se entiende esto al ver que la lagartija no se adapta al mundo de sus padres ni de sus congéneres y empieza a sentirse diferente e incomprendida.

Tiene un sueño que hace creer a todos que está loca: que el sol le hablará y la hará reina gracias a su belleza. Esta obsesión le da a la rebeldía adolescente otro matiz que, aparentemente, la hace ver más interesante, puesto que se relaciona con el arte. En últimas, Pequeña Luz emprende la difícil búsqueda de la belleza y de la luz del conocimiento.

Para esto debe apartarse de la manada y emprender el camino hacia donde considera que está el reino del sol: el desierto. A su paso va encontrando una serie de personajes, animales unos, humanos otros, que van dándole al viaje un carácter pedagógico. Se pretende hacer, en esta parte, una semblanza del mundo moderno y de cómo sobrellevan la existencia algunos de sus marginados personajes.

La hostilidad de la ciudad opulenta contrasta con la generosidad de un ciego que vive debajo de un puente. La tortuga soporta con la alegría de su canto la persecución arbitraria de los gatos. Después la lagartija escapa del niño de la cometa, que deseaba guardarla en un frasco, y se topa con un murciélago asustadizo, coleccionista de monedas. El jardinero le deja ver a Pequeña Luz la experiencia del deshonor. El trío que conforman el jaguar, el gato y la paloma son el ejemplo de cómo fuerzas antagónicas pueden vivir en armonía si van en busca de un ideal: la casa de cristal. El payaso triston y amargado, un escritor frustrado, y el niño de vidrio demuestran que la verdad de las cosas se halla detrás de la apariencia. El caballo de la postal es consciente de pertenecer a un sueño ajeno, pero no le teme a su muerte próxima, ya que ésta lo liberará de su prisión. Finalmente, acosada por la serpiente, a punto de morir insolada, consigue lo que se había propuesto y, casi que resucitada, la lagartija regresa convertida en una Pequeña Luz. Se supone que es la luz conseguida a través de su experiencia.

El sentido que toma la actitud rebelde de la lagartija es demasiado ingenuo. Pretender fundar el desacuerdo ante la sociedad valiéndose de elementos como la corbata, que representaría al poder político y económico, y la confrontación simplista ante la religión y las tradiciones de la comunidad, para enfrentarlas a la búsqueda de un ideal de belleza y conocimiento emprendida por un personaje que empieza a verse como un loco —un lugar común demasiado común—, es simplificar demasiado la realidad de las cosas. Establecer dicotomías tan inmediatas y obvias es negar la multiplicidad de relaciones posibles del mundo moderno que le brindan al conocimiento una verdadera riqueza. Al plantearse la rebeldía en este libro con la consabida fórmula en donde los factores de la ecuación son: mundo-pensamiento práctico-trabajo vs. un yo idealista-luchador, lo que se está proponiendo realmente es la continuación de una apocada y débil tradición.